

Junto a la cerca del Paraíso.



4-205

RECOGIDO EN "De esto  
y de aquello" tomo III

(Los Lunes de El Im-  
parcial. Madrid, 4 sep-  
tiembre 1916)

El tren corre por entre esos pueblos agrios, no ya pardos, como los de Castilla la Vieja, sino rojos de ladrillo. Diríase que recocidos por el Sol implacable. Miran con sus ventanas y no se sabe si ven. A las veces se duda de si son pueblos o son ruinas. Pero ruinas vivas y muy vivas. Ruinas sin yedra.

Una ruina es a las veces algo que comienza, una promesa, o si se quiere un embrión. No hay que abatirla para edificar sobre su solar. Pues que se ha mantenido por sí sola en pie está ya a prueba. Y en ella, mejor que en las barracas temporeras, hacen los pájaros su nido.

No da menos ruina que los pabellones de las Exposiciones; de toda clase de Exposiciones. Los erigen para que vivan mucho, pero duran poco, para mercar de firme en poco tiempo y luego los derriban. Y esta vida de tratago de los pueblos que cerrando los ojos al cielo engullen ávidamente la vida que pasa no es más que Exposición, pura Exposición. El que se toca al alma vive mejor en la celda de unas ruinas.

Y esos lugarejos agrios y rojos se alzan en una tierra natural, en la que no parece haber dejado huella el hombre. Tierra natural y no histórica. A grandes trechos tierra casi pura, gea, verdadera gea. Se levantan tablazos, pequeñas mesetas, y en sus flancos esquitosos se ve las capas del sedimento. El agua secular les ha tallado a modo de contrafuertes. Esa agua que baja del cielo de tarde en tarde, y cuando baja es a raudales, como un azote, o en piedra. El cielo apedrea iracundo a la tierra desnuda y resignada, y luego de haberla desollado a túrdigas, la escaldada. Así parece a trechos un cuerpo sarmentoso de penitente dejado por el cilicio en carne viva.



VNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDO.S.USALES



El tren va cortando los serpenteos de un río que se cava la hoz por su cauce por entre la roja tierra desnuda, y allí, dentro de la hoz, en sus angostas riberas, brota la verdura que es una bendición de Dios. Los frutales se doblan al peso de la fruta. Aquellos jugosos melocotones nos darán toda la dulzura de la tierra del yermo. Son dulces como las palabras del viejo anacoreta macerado por los ayunos. Los regaron con aguas naturales de cumbre y no con fétidas aguas históricas, con aguas que se ensuciaron limpiando al hombre.

Esta no es la Huerta hecha por el hombre y los animales que le sirven; no es el sedimento de sus inmundicias. No ha hecho el hombre, si no en muy poco, esta tierra. Ella más bien le ha hecho a él. Y le ha hecho natural como ella, podría decir que prehistórico, o más bien ahistórico. Y le ha puesto frente al cielo como le puso en la primera aurora de la Historia, cuando descubrió a Dios.

Es un paisaje genesiaco. Cada día se repite, como un rito sagrado, el drama del Paraíso; cada día llama aquí Dios a Adán por su nombre: «Adán! Adán!», y Adán se esconde de Dios, porque al oírse llamar así se ve desnudo. Y se refugia en brazos de Eva. Son Adanes y son Evas los ermitaños de estos yermos.

Y veis también cruzar la sombra de Caín, como la vió cruzar por tierras del alto Duero Antonio Machado, el poeta de estas soledades jugosas de misterio genesiaco. Y cruza la sombra de Abel, el pastor que manda al cielo el humo de la ofrenda. Al cielo que apedrea los pastos y alguna vez mata con su pedrisco a las ovejas.

El triste Caín hacinó esas ruinas, levantó esos lugarejos rojos, donde su nieto Zubalcain martillea el hierro candente. Y los levantó para esconder en ellos su triste pasión: la envidia. Mas de la envidia viven los pueblos, y ella es una de las madres de las artes o, por lo menos, de sus nodrizas.

Por estas tierras cruzaban, trashumantes, los abelitas llevando a sus rebafios, en verano del páramo a la sierra, y de la sierra al páramo en invierno, huyendo de las nieves y del rechinadero del sol. Y estos ceñudos abelitas, los de la cabaña, expulsaron al huertano, al morisco, al que abonaba sus tierras, tierras de arte y aun de artificio, con la inmundicia del hombre y de sus animales domésticos. Su historia, la historia del abelita ibérico, fué luchar contra la Historia.





Es porque no quería alejarse de junto a las cercas del Paraíso de donde Dios echó a sus primeros padres. Quiere estar siempre a la vista de la espada de fuego con que guarda el ángel el camino del árbol de la vida. Y cuando el cielo se enciefa y se ensombrece y truena y apedrea y brilla entre los nubarrones, la espada de fuego del ángel del Señor siente oscuramente el abelita ibérico que allí, detrás de aquella espada de fuego, tras la cerca tenebrosa, se tienden las riberas de los ríos del Paraíso, la vega del árbol de la vida duradera. Porque él quiere durar más que vivir. Y en la Historia se vive pero no se dura. Por eso no quiere alejarse de junto a las cercas del jardín vedado.

A lo lejos retumba el fragor de las armas de los ejércitos de Josué y de Gedeón, que allá, en campos de Canaan luchan por la tierra de promisión. Pero él, el abelita, sólo busca la resignada y triste paz del yermo aquí, junto a las cercas del vedado Paraíso. No le convencen de que sea el mejor modo de volver a él alejarse de sus muros tenebrosos.

También a él, al abelita, le arrastraron cainitas, sus hermanos, a la conquista de un nuevo mundo. Y allí aprendió que no hay ningún mundo nuevo, que todo él es viejo y que la Historia es pesadilla. Mejor el sueño apacible de la leyenda genesiáica con que sazona sus siestas en el matorral.

Los cánticos que siembran por los surcos son quejidos. Son acaso llamadas de desesperación contra los negros muros del Paraíso. Y no se oye nada de detrás de la cerca.

Al pasar junto a las pobres eras de uno de esos lugarejos oímos vibrar, como saeta lanzada al cielo apedreador, una jota. Era como el relincho de un alma que se encubría frente a la Historia; era una protesta.

Una protesta, bien; pero ¿contra qué? Una protesta y basta, una pura protesta, el qué del contra vendrá después. Era la protesta de la resignación, porque también la resignación protesta. Job protestaba con acentos inmortales, y protestó Cristo Jesús clamando: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?», y así este pueblo, en las yermas soledades que se extienden al pie de la cerca del paraíso prohibido, huyendo de la Historia, clama: «¿Por qué me abandonas así, Dios mío?» Y el Señor podrá probarle que no la abandona, le apedrea los campos haciendo fulgurar en el cielo negro la espada de fuego del ángel que guarda el camino del árbol de la vida.

Estas son tierras naturales, tierras de Dios, carne de roca, carne desnuda y lavada por seculares chaparrones de la podre del maldito trabajo. No se ha enterrado en ella la verdura. El hombre aquí no está devorando de continuo sus propias entrañas, sino que se alimenta de carne de roca. Paladea mirando al cielo la dulzura de la peña bañada por agua de tempestad.

¿Por qué se encuentra en estas tierras quien mira torvo al riego de industria humana y se manifiesta pronto a destruir el canal? ¿Es la pasión triste de Caín, que es-

4-205  
Junto a la  
cerca ... 3



UNIVERSIDAD  
SALAMANCA

GREDO.USALE.S





talla en el seno del agrio nido en que se cobija y esconde? ¿Es que presiente que ha de acrecentársele con ello la maldición del trabajo? ¿O no será más bien que vislumbra que con eso se le ha de arrancar de la celda de su yermo, de junto a las cercas tenebrosas del vedado Paraíso, para lanzarle en los campos de la economía de la Historia?

Y veníamos de tierras risueñas, tierras hechas de arte, tierras que son entrañas de hombres acariciadas por el mar más humano, por mansas aguas históricas que susurran cantos homéricos. En ellas juegan trabajando los hombres que han vuelto las espaldas a la cerca del Paraíso, para ir a la conquista laboriosa de la tierra de promisión. Creen en el juego; es decir, creen en la Historia.

Durante un tiempo veíamos a lo lejos la cumbre nevada del Maladeta, la montaña maldita, como dasafiando al cielo lapidador. Recordé los versos de Verdaguer cuando nos decía de los gritos horrorosos que debió lanzar la Tierra al parir, en sus años juveniles, a esa sierra, de sus días de convulsiones y sus noches de gemir. Y pensé si en los días de tormenta, al par que truena el cielo, no eleva también la excelsa roca pirenaica una fiera jóna de protesta contra él. Y luego vela como un gigante pastor de piedra los rebafios de almas que agonizan de sed de paz en las yermas soledades de las tierras naturales, las de carne de roca.

Miguel de UNAMUNO



VNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES